

# ÍNDICE

CAPÍTULOS	PÁGS.
I.— Desertores . . . . .	5
II.— La leva . . . . .	17
III.— Las aventuras de Pancho Zarco . . . . .	31
IV.— Para la heroica. . . . .	41
V.— Con la familia enferma . . . . .	49
VI.— Cienfuegos en campaña . . . . .	61
VII.— El santo de la reforma . . . . .	69
VIII.— Dos hombres de su tiempo . . . . .	79
IX.— Hidalguía mexicana y nobleza española . . . . .	89
X.— Vientos de reforma . . . . .	95
XI.— Llevando la antorcha sagrada. . . . .	99
SEGUNDA PARTE.—Memorias de un mocho. . . . .	109
» . . . . —El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Garra	161
TERCERA PARTE.—I.— Se describen el pueblo de Tlaxochimaco	
y su contorno . . . . .	195
II.— Un cura jacobino . . . . .	209
III.— La aurora boreal . . . . .	217
IV.— La entrada de Rojas . . . . .	225
V.— Comienza el viacrucis. . . . .	249
VI.— Sigue el viacrucis . . . . .	267
VII.— Con los huesos rotos y en tapextle . . . . .	277
VIII.— La vuelta de Trini. . . . .	285
VIII.— La libertad y el orden á la greña . . . . .	297
IX.— Acaba el viacrucis. . . . .	305
X.— De Guillermo Prieto á Juan Pérez de la Llana . . . . .	319
XI.— Un asceta guerrero . . . . .	333
XII.— El martirio del justo . . . . .	343
XIII.— El plan de pacificación . . . . .	357
XIV.— El héroe de las derrotas. . . . .	373
XV.— El héroe de las victorias. . . . .	393
XVI.— Calpulalpam. . . . .	407
XVII.— Finis coronat opus. . . . .	423

El éxito que ha alcanzado la primera serie de *Episodios históricos mexicanos*, que el Sr. Lic. don Victoriano Salado Alvarez escribió por encargo de esta casa y á cuya publicación damos aquí punto, satisfechos de haber enriquecido así nuestra Biblioteca con una obra de arte exquisito, nos anima á continuar el pensamiento que nos guió al emprender esa obra. Tenemos la satisfacción, pues, de anunciar á nuestros favorecedores que está en preparación la *Segunda Serie*, la cual abarcará el interesantísimo período de la *Intervención y el Imperio*, y resultará, si cabe, un libro aun más importante que el que en estas páginas termina.

LOS EDITORES.

Y dentro de ella encajado  
Un *guangocho* pantalón.

Lo que es del pié la punta,  
Cuya planta se halla en ruina,  
Voltea primero la esquina  
Que su amo, dueño y señor.



En fin, ¿para qué prosigo  
Narración que ha de cansarnos?  
Dejemos á los tagarnos,  
Las heces de Monterrey.

Las armas, Dios las dé; hay de todo, desde carabinas inglesas hasta *bocamartas* del tiempo de la conquista, pasando por las yogas, tercerolas, mosquetes, fusiles de chispa de todas edades, y escopetas de caza.

Nada te digo de la población, porque es para partir el alma. Los pobres habitantes están esquilados, exprimi-

dos y destrozados; en el interior, ya se sabe, las exoliaciones son diarias y los desgraciados han tenido que apechugar con todo, de manera que han cimentado un ordenado desorden. Aquí, donde poco han tenido que sufrir, sus lamentos nos han consternado. Para que se vayan *jaciendo* á estas cosas, mucho ha de pasar.

Vi ayer á pobres familias que conducían al viejo valedinario, cuatro ó cinco niños que lloraban á grito herido, y la vaca, único recurso de la familia, que mugía triste al dejar el pesebre nativo, en que abandonaba también la yerba fresca, el descanso fácil y la ternera amada.

Venían después pobres indios azorados llevando las ollas llenas de tizne, la cama de *tapextle*, la ponedora cresta-rosa y los trozos de cal para el *nejayote*.

Luego, á lo lejos, huían las carretas que se temía fueran requisadas, las mulas y caballos de los arrieros á quienes había sorprendido el tiempo entre los dos ejércitos y los hombres que temían la leva.

Solo á nuestra derecha, en la Condesa, un pobre viejo guiaba dos bueyes *cuatezones* más derrengados que su dueño, y echaba las primeras semillas en un barbecho que abría trabajosamente la reja del arado; al fin aquello tenía que pasar como pasaron Tolome, el Gallinero, el Molino del Rey y tantas otras, y el sol seguiría alumbrando, germinando las plantas y la tierra dándole sus jugos.

Como á las tres se vió la aproximación de grandes grupos que se movían en dirección de Chapultepec; eran los reaccionarios, que en número de siete mil llegaban por Tacuba y Popotla, la hacienda de los Morales y las lomas del Rey.

No se distinguían ni aun con anteojo los cuerpos y sus denominaciones; pero sí se veían brillar las piezas de artillería, que se encontraban muy distantes de nosotros.

El primer anuncio de la presencia de los conservadores fué el disparo de un cañón que casi no oímos, pero del que notamos la espiral de humo blanco que salía de la boca. Más de una hora duró el cañoneo sin resultados, hasta que á las seis cesaron los disparos.

Poco antes me avisaron que alguien me buscaba, y me encontré con mis dos amigos más queridos, Juan Díaz Covarrubias, el poeta, y José María Sánchez, el chico más regocijado de la República.

— Vinimos, me dijo Juan, porque sabíamos que faltaban médicos en el ejército federal, y como esto se espera lucido, es menester no dejar que perezca sin auxilios tanto desgraciado. Ya nos presentamos á Rivero y nos recibió muy bien; hoy charlaremos un rato y nos acostaremos temprano, porque mañana á buena hora hay que cortar mucha carne.

— ¡Cómo te regocijas, traidor!

— ¡Regocijarme, replicó Juan, cuando nada hay que

me duela más que lo que pasa! Créemelo, no me dolería más mi propia carne que la del infeliz soldado á quien destrozó; pero nobleza obliga. Este (por Sánchez) y yo estábamos *macheteándole* á la anatomía, porque debes saber que en Julio, Dios mediante, seremos médicos, y estamos en ciertas cosas tan *botas*, tan *aventados*, que quizá seas más médico tú que nosotros.

— El *bota* es él, dijo Sánchez; yo dejo bizco á don Miguel Jiménez con mi ciencia...

— ¿A que te echo un *toro* y no me respondes?

— ¿A que yo te echo otro?

— A verlo.

— ¿Cómo se dice: periné, peroné ó peritoneo?

Nos reímos Juan y yo, y los tres seguimos de charla hasta la media noche, en que nos fuimos á descansar... El poeta, melancólico de ordinario, ese día estaba alegre y hasta locuaz; nos hizo partícipes de sus esperanzas de triunfo, de sus deseos de nombradía y de fama. Seguiría al ejército liberal, sería médico de hospitales, haría mucho bien curando á heridos de todos los bandos, y cuando esto se hubiera pacificado, cuando liberales y conservadores se dieran el abrazo de hermanos, él vendría á México, establecería un gran consultorio, sería el médico favorito de los ricos, y luego que tuviera mucho dinero reunido iría á Europa, conocería á Lamartine y á Víctor Hugo, y volvería á casarse con una muchacha sencillota y buena, á

llenarse de hijos, á que le llamaran señor doctor los banqueros, los comerciantes y los hacendados, y á recibir el pago de sus consultas á razón de una onza cada una, ni un real menos.

Versos, los haría, ¡claro que los haría! pero para él, para publicarlos, ya viejo, en una edición bien impresa en papel rico, de cien ejemplares á lo más, y con unas orlas, unas capitales ornamentadas y una riqueza de detalles, que la hicieran buscar como una joya.

El alegre estaba, por el contrario, lleno de murria. No creía en la medicina; pensaba que los médicos eran unos grandísimos farsantes y estaba seguro de morir de hambre ejerciendo la noble profesión.

No volví á ver á los pobres muchachos, porque á las seis ya estábamos en las alturas aguardando el ataque: el hormiguero se movía, se alborotaba, entraba en actividad. Llovía lentamente, caía ese chipi-chipi propio del tiempo, y parecían más negra la tierra, más triste el ambiente, más escuetos los árboles, que, como enfermos convalecientes, apenas empezaban á recobrar el vigor.

En ese momento que precede á las batallas, en que cada cual recuerda á lo que ama, recapitula su vida pasada, deplora sus errores y se propone recomenzar su existencia para hacerla mejor y más útil, yo sentía en el estómago un gran vacío, una sensación física de náusea, de asco, de disgusto; un oficial de Quiroga, que estaba á

mi lado, escribía sus disposiciones testamentarias; otro cosía á su chaqueta, del lado del corazón, un escapulario bendito, y un soldado remojaba un trozo de *pambazo* en un jarro que contenía café.

Las siete daban en el reloj de la parroquia cuando



oímos el primer disparo; siguióle otro á los tres ó cuatro minutos y luego como diez más; uno de obús cayó á diez metros de distancia y destrozó el techo de un jacal incendiándolo y haciendo añicos, al estallar, dos de las cuatro paredes.

Todos estábamos pálidos; un soldado á quien veía á distancia, repasaba las cuentas de su rosario; otro se limpiaba el sudor, á pesar de que la lluvia nos mojaba hasta tenernos hechos una sopa.

Pero los cañonazos eran sólo batidores y anuncios de la aproximación de las columnas de infantería. Cuatro mandó el enemigo á atacar el Arzobispado, llevando como acompañantes á las terribles piezas que habían tratado de abrir la brecha.

Se oía el tronar de los fusiles como el golpetear del granizo en los cristales, y periódicamente — me figuro que cada cuatro ó cinco minutos, — los cañones mezclaban su voz soberana á aquel concierto espantoso. Al mismo tiempo se estremecía la tierra, se desconchaban las paredes, se hacían trizas los vidrios y se abrían boquetes en puertas y ventanas.

Los nuestros permanecían en silencio; nadie disparaba un tiro, ni hacía un comentario, ni decía una palabra; ya llegaban los contrarios á las tapias de la huerta, cuando la voz ronca y tremenda de no sé quién, gritó:

— ¡Fuego, muchachos, y apunten bien para que no yerren!

El estruendo se redobló entonces; los soldados, que tenían la mano en el llamador del fusil, y que sentían agarrotados los dedos, se pusieron á disparar sin interrupción, como poseídos de un frenesí de oír estallidos.

El fuego siguió como hora y media larga, sin que supiéramos el efecto que hacía; al fin notamos que disminuía el número de los contrarios, luego que disminuía su

empuje, y por fin que se alejaban disparando tiros y causando destrozos.

— ¡Ya corren los malditos mochos! decía un soldado. ¡Vénganse, mochos *coyones*; aquí hay *pirata*!

Y cuando más satisfecho lanzaba un ¡uy! ¡juy! ¡juy! de triunfo, vino una bala de rifle que le ahogó la voz en la garganta.

Cuando miré á mi derredor, noté el cuadro más tremendo que había visto — yo habituado á todos los horrores y connaturalizado con ellos tiempo hacía. A mi lado estaban dos soldados, uno con el vientre hendido como si le hubieran pasado un arma cortante meneándosela de arriba abajo; otro con una sola herida de bala que manaba sangre poco á poco. Delante, detrás, encaramados en el muro, recostados en las troneras, al pie de los árboles, había más muertos; pero no eran tantos como los heridos, que se lamentaban mostrando desnudeces, dando gritos, solicitando la compasión con ayes y bramidos de dolor.

Los vivos nos mirábamos unos á otros con ojos de espanto: todos teníamos las caras negras, las barbas hirsutas, los cabellos desordenados, los trajes rotos.

De repente un sargento me llamó la atención.

— Vea, mi comandante, los mochos han dejado una... dos... tres... cuatro... nueve piezas abandonadas. ¡Qué buena oportunidad para cogérlas! ¿Dónde están esos

tagarnos que no salen á dar una carga... Si no ahora, ¿cuándo? Ser su cuerda y no tocarla.

En efecto, brillaban abandonados en dirección de la Casa Mata los nueve cañones de diferentes tamaños.

— ¡Qué tanteada! decía uno; con un impulso de los de Quiroga se ganaba todo.

— ¡Pero si han dividido á los blusas en fracciones de diez y quince hombres!

— ¡Animas, que se muevan esas gentes, que sino, no va á haber tiempo!

Fué profeta el pesimista, porque apenas pasado un cuarto de hora llegaron los contrarios y marcharon con los cañones.

Dos piezas, creo que de la brigada Zaragoza, causaban daño á la columna de Márquez defendiendo al mismo tiempo nuestra posición; pero no tardó el enemigo en voltear su artillería y en desmontar la nuestra apagándole los fuegos. Entonces cambió todo el aspecto de la jornada; un hombrecillo bajo de cuerpo, blanco de rostro y llevando toda la barba, montó á caballo y arengó á sus gentes.

¿Aquellos hombres eran diez, eran mil, eran un millón? No sé; lo que me consta es que caminaban decididos á conquistar nuestra posición.

Auxiliados por los dos obuses de que disponían se acercaron á las bardas, brincaron á las troneras, se asieron

de los fusiles mismos que se les oponían y acabaron por hallarse dentro de la huerta.

¡Cuántos soldados murieron abrazados, confundiéndose en un solo estertor el lamento del mocho y el grito de rabia del liberal! ¡cuántos fusiles embalados; cuántos combates singulares á bayoneta, á sable, á mazazos, á mordiscos y á arañazos! Aquellos no eran hombres ni eran fieras; eran demonios furiosos, con ánimo de destrozarse.

Al norte del Arzobispado, en la casa única del rumbo, se colocó una batería de montaña; resistimos unos cuantos minutos, pero ya no era posible la defensa; no había quedado uno para referirlo y de nada habría valido esa muestra insensata de valor.

Cuando penetraba el bajito de cuerpo por la puerta de campo del jardín, nuestra brigada Aranda huía á todo correr; pero no en retirada, no poco á poco y defendiéndose, sino en carrera loca, desenfrenada, sin orden ni arreglo.

Las doce serían cuando caíamos el punto y nosotros prisioneros; todavía escuchamos tiros por la Casa Mata, por la Loma del Rey y por Mixcoac; pero estábamos seguros de que los nuestros huían perseguidos de cerca.

Pero déjame tomar aquí un poco de aliento para referirte lo que falta, que es peor aún que lo contado.

Hasta mañana.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

### Del mismo al mismo.

*México, 19 de Abril de 1859.*

Guillermo mío: Como decíamos ayer, quedé triste y quebrantado, sumido en el estupor y la inconsciencia durante un rato larguísimo. Tenía una rozadura de bala en el rostro, los ojos ardientes, la piel seca y el estómago ahilado; la sensación de hambre me dominaba, pero pensar en comer cualquier cosa, ¡puah, qué asco!

Estaba en una habitación grande y ventilada: la luz, que se colaba por las altísimas rejas, entraba como temerosa, como asustada, como recatándose y de tapujo; era una luz gris que daba aspecto más sórdido á las frazadas de los que dormían echados en el suelo, mostraba más tristes los harapos de nuestros uniformes y ponía más pavor en el ánimo de todos.

Un sujeto rubio, fornido y con acento extranjero, me dijo despacie:

— A *ostedes los fosilan*; á mí me *traxeron por equívoco* y lo mandé decir á mi cónsul.

Era claro, sí, nos fusilarían siguiendo la ley terrible que regía las relaciones de los dos bandos: no dar ni esperar cuartel; pero ello es que nadie se movía, y apenas si en una habitación distante se oían voces y trajín.

Anduve todo el trecho que me separaba de la puerta, otra pieza más larga que la en que había estado y llena